

TU, YO Y EL ALZHEIMER

Y entonces desperté. Había pasado una mala noche dando vueltas sin parar en la cama, pero no había tiempo que perder. Todavía no había amanecido, mis padres aún dormían... Abrí el cajón de la mesita y con cuidado **lo** cogí. Lo envolví en un trozo de tela y lo metí en el bolsillo del pantalón. Abrí la puerta despacito para no despertar a nadie y salí corriendo.



Pero vamos a empezar por el principio... hacía ya un año o quizá un poco más, no me acuerdo bien. Eran las 8 de la

mañana y como cada día a esta hora sonó el timbre. Abajo en la cocina ya estaba mamá preparando desayunos y meriendas para el cole, el abuelo acababa de llegar y con su voz ronca gritaba:

-“ Arriba, Pirata... o llegaremos tarde al cole.”

Yo me hacía el remolón y me volvía acurrucar entre las mantas calentitas, mientras oía sus pasos subir hasta mi habitación.

-“ Pirataaa“, date prisa que hoy te contaré que le pasó a Manuel, un niño que siempre llegaba tarde al cole.”

Me ayudó a hacer la mochila y salimos camino del colegio. Me cogí de su mano grande y huesuda, aquella mano que tantas veces me había levantado del suelo y otras tantas me había curado mis pequeñas heridas de “guerra”,

-“¿Sabes, Gonzalo?”-Continuaba el abuelo-“ cuando yo tenía tu edad era capaz de correr 6 km de un tirón sin cansarme... y también fui el mejor bailarín de pasodobles de toda la comarca, hasta gané un primer premio.”

-“¿De paso... qué?” -pregunté yo.

-“ Los chicos de ahora no sabéis de nada. PA-SO-DO-

BLES es un baile que... bueno, mejor te hago una demostración y agarrándose a un árbol comenzó...



dos pasitos hacia delante, dos pasitos hacía atrás, la gente que pasaba le miraba y esbozaba una sonrisa.

- “Abuelo, vamos que llegamos tarde”- grité muerto de la vergüenza.

Me guiñó un ojo y volvió a cogerme de la mano.

-“¡ Ah! por cierto, también me dieron una medalla por ser el mejor imitador de monos, espera que te hago una demostración”.

-“ Noooooo”- grité, queriendo que la tierra me tragase.

- “Pero, Pirata... ¡aaaaah! ya sé... tienes miedo a llegar tarde”- dijo en tono burlón- “pero no te preocupes que a la salida te haré una buena imitación”.

Yo enrojecí de nuevo.

Salvados por la campana, habíamos llegado. Saludé a mis compañeros y besé al abuelo mientras le decía al oído que no se le ocurriera hacer el “mono” cuando volviera a recogerme.

- “Prometido”- dijo él, sonriendo maliciosamente y se despidió de mí saltando y emitiendo sonidos guturales de mono.

-“ ¡Abuelo!”- le recriminé –“¡ Cómo te gusta hacerme rabiar!”

- “¡Qué pases un buen día.”-se despidió.

Vi cómo se daba la vuelta y seguía saltando cómo un primate.

Llegó la hora de la salida y recé para que el abuelo se hubiera olvidado del mono... y allí estaba, buscándome entre todos los niños, mirando por encima de sus lentes:

-“Hola Pirata, ¿qué tal el día?”- Preguntó a modo de saludo cogiendo mi pesada mochila.

- “Cómo siempre”- respondí de mala gana.

- “¿Qué te pasa?”, parece que al pequeño Pirata le han puesto algún negativo.

- “Déjame abuelo, no tengo ganas de hablar”- le dije.

- “Eso lo soluciono yo, vaaaaoooo”.



Y me llevó hasta el parque que hay de camino a casa. Se acercó a un banco y me invitó a que me sentase con él y sin decir nada más, sacó de su bolsillo algo envuelto en un pañuelo de tela... era una peonza de madera con su nombre grabado.

-“¡Cha, chan!”- exclamó.” ¿te había dicho que hace años fui el mejor bailar de peonza de la comarca? Incluso gané un trofeo...”

- “Para el rollo”- le increpé – “o si no “demuéstralo”.

Se incorporó lentamente, enrolló la cuerda terminada en una chapa de metal y hábilmente lanzó la peonza contra el suelo.

- “Tiene buen estilo”- pensé.

Después con la cuerda, lanzó la peonza hacia arriba e hizo trompos de un verdadero profesional.

- “Tu turno”- me dijo pasándome la peonza.

- “Abuelo, yo no sé bailar la peonza.”

- Pues eso lo soluciono yo en un momento... enrosca fuerte las dos primeras vueltas... y tras unas explicaciones y “demostraciones” allí estaba yo bailando la peonza bajo la mirada de admiración del abuelo.

- “Vamos Pirata, que se hace tarde” –dijo el abuelo después de un buen rato.

-“ Noooo, espera un poco más, ésto es muy divertido”

-respondí.

- “Mañana habrá más tiempo. Coge la peonza”- me dijo.

- “No, espera un rato más”- supliqué.

- “He dicho NO”- gritó el abuelo.

Me enfadé y tiré la peonza con todas mis fuerzas... chocó contra el bordillo de la acera y se partió por la mitad.

El abuelo me miró y fue a recogerla, cuando se incorporó vi cómo las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. No dijo nada más de camino a casa.

Al día siguiente el timbre sonó cómo cada día a las ocho de la mañana.



-“Vamos Pirata o llegaremos tarde”.

A la salida esperé por el abuelo, pero el abuelo no llegó. Creí que seguiría enfadado conmigo por lo de la peonza. Mamá me vino a recoger.

A partir de ese día, el abuelo no volvió a buscarme por la mañana ni a recogerme a la salida.

En casa mis padres discutían y hablaban bajito cuándo notaban mi presencia.

Un día me mandaron sentarme porque querían decirme algo:

- “El abuelo está en una residencia”- dijo mamá

- “¿Y eso?, ¿le ha ocurrido algo?”-pregunté.

- “¿Te acuerdas cuándo no llegó a tiempo a buscarte al colegio?, había ido, pero no supo llegar... su mente está perdida, ya no conoce a nadie”.

- “Pero yo quiero ir a verlo...”

-“ Está bien. Mañana irás con nosotros” –respondió mamá.

Al día siguiente era sábado. Un sábado gris, llovía y mi corazón estaba triste. Mamá y papá ya esperaban por mí en el hall. Abrí la puerta y respiré aquella mañana de otoño, papá condujo hasta la residencia. Entramos en aquel lugar que olía a soledad y una enfermera muy amable nos guió hasta la habitación del abuelo. Antes de abrir la puerta una punzada atravesó mi pecho.

Habitación 110. Abrimos. Estaba oscura... vi una silueta en un sillón al lado de la ventana, subimos la persiana y allí estaba el abuelo mirando hacia el exterior , con sus ojos perdidos.

Le abracé y besé una y otra vez.

- “¡Qué alegría, abuelo! , ¿qué tal estás?”

El abuelo no me miró, no respondió a mis besos ni a mis abrazos, tan solo susurró:

-“¿qué hay de comer?”

- “Abuelo, soy yo ... *El Pirata*, dime algo”- grité entre sollozos

- “¿vamos a comer ya?” –continuó diciendo.

Mamá se acercó a mí y me dió la mano.

-“Mamá, el abuelo no me responde”- dije

-“ Él no sabe ya quién eres”- me contestó.

- “Noooo, mientes”- y salí corriendo de aquel horrible lugar.

Y ahí comenzó mi pesadilla... Hasta hoy que salí a hurtadillas de casa y cerré despacito para no despertar a nadie. Me dirigí hacia la residencia del abuelo y de camino palpé en repetidas ocasiones

el bolsillo del pantalón para comprobar que **lo** llevaba conmigo. A medida que me acercaba al edificio mi corazón se aceleraba, ya podía oler el olor a soledad de nuevo. Estaba ya dentro de la residencia. Nadie se fijó en mi, corrí hasta la habitación 110 abrí la puerta... y allí estaba, sentado en el sillón, mirando a la nada.

-“¡Abuelo!”- susurré aproximándome.

No hubo respuesta

-“¡Abuelo!”- volví a repetir besando su mejilla.



No apartó su mirada vacía del suelo.

-“Abuelo soy yo, Pirata”.

Esta vez me miró pero sus ojos seguían vacíos.

-“¡Mira lo que te he traído!”.

Y **lo** saqué del bolsillo, aparté la tela que lo envolvía y le mostré la peonza de madera con su nombre escrito en ella, totalmente reparada.

El abuelo la miró, la cogió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

- “¡Por fin Pirata, has venido!”- y me abrazó con la misma intensidad que solía hacerlo.

FIN